

DOÑA MARINA COMO CLAVE DE LA POLITICA DE HERNAN CORTES

por José María GARATE CORDOBA
Coronel de Infantería
Secretario General de la Comisión
Española de Historia Militar (CESEDEN)



L tema, examinado desde sus orígenes, nos lleva a considerar inmediatamente que la preocupación de Hernán Cortés por sus indios tenía como raíz su juvenil preocupación salmantina en: una triple atención humanística por lo teológico, lo humano y lo jurídico. Así se explica su primera y principal atención, evangelizar, y la segunda, colonizar, en su gobierno y administración de la Nueva España. Buscando a los indios sólo como amigos, como hermanos, en una rápida comprensión de sus valores espirituales y culturales. A quienes no le recibían sino como enemigo, procuró enderezar la guerra por caminos psicológicos, políticos y diplomáticos. En una y otra actividad, le era indispensable desde el principio el recurso a los intérpretes, de los que, por providencial destino, los esenciales fueron uno castellano y otra india, que se completaron inicialmente en traducción al yucateca y de ésta al nahuatl, para quedar por fin, como símbolo y ejemplo de una nueva raza la personalidad impar de Doña Marina, que algún día deberá tener sus estatuas gemelas en Medellín de España y en la capital de Méjico.

Tal es la tesis en su esencia, que por la valoración del intérprete en la conquista, nos lleva a ver su actividad múltiple sublimada en Doña Marina, como síntesis de la aceptación del indio y de la justificación de la conquista, símbolo de la nueva raza. En su desarrollo se escalonan los elementos anunciados: argumento, explicación y prueba de la idea. Como base inicial, las dotes políticas y diplomáticas de Cortés, su inmediato conocimiento del indio mejicano con apreciación superior a todo lo habitual, lo que condiciona su progresiva conducta política, hasta el punto de sentirse mejicano, dis-

poner su sepultura en Méjico y reclamar privilegios para su hijo, el mestizo Martín Cortés. Concordaba con ello su política de atracción de las poblaciones, como liberador del despotismo, la tiranía y el imperialismo inhumano de la política de Tenoxtitlán; lo explicaba así a Carlos I: «De mí han sido bien tratados y favorecidos». Y de una religión sanguinaria, a la que oponía otra espiritual con grandes muestras de respeto a sus religiosos misioneros.

En tercer lugar está su política con Moctezuma. Primero no desmiente la leyenda de Quetzalcoatl, que favorece a los españoles creyéndoles teúles, dioses o semidioses. Le trata como a hermano, y así le llama, se encariña con él y le llora cuando muere. Por último, dejó una muestra de su preocupación por los mejicanos en los artículos de sus ordenanzas militares y civiles, lo más avanzado de entonces en cuanto a colonización y a trato respetuoso de los conquistadores a los colonizados: Protección de los indígenas; «repartimiento» vigilado y limitado por él; severa justicia contra los posibles agravios y robos de españoles a indios.

Con esas ideas básicas, ideales no siempre logrados, evidentemente, se comprende la síntesis de razas, la sublimación y símbolo que Doña Marina representaría, como figura excepcional en la que se compendia la tesis. Expuesto así el pensamiento esencial, veamos cada punto en sus argumentos y pormenores.

LO PRIMERO, EVANGELIZAR

*Aquel afán de trascenderlo todo (1) de los conquistadores, no fue sólo en orden a la acción —como Laín Entralgo decía—, pues lo que Bernal Díaz escribió resultaba más elevado en su sobriedad: *Todo lo trascendemos e queremos saber*. Eso que no fue más que soldado. Pero aún recientemente, un escritor mejicano como Somonte, reconocía: *más que la búsqueda de oro y plata fue propagar la fe lo que impulsó la colonización*, recordando como prueba la réplica de Felipe II a su Consejo de Indias, para no abandonar las costosas Filipinas, al decir *que las islas de Oriente no habían de quedar sin la luz de la predicación porque no hubiera minas*.*

Viendo Cortés la buena disposición con que recibían los indios la doctrina, y el despejo natural para captarla, se preocupó por tener sacerdotes, pues eran tantos miles y miles, que sin ellos no acabaría nunca.

(1) Pedro Laín Entralgo: *Menéndez Pelayo*. Edit. Espasa Calpe, col. «Austral». Madrid, 1952, p. 139.

Según las crónicas se catequizaron más de millón y medio antes de que los frailes pudieran hacerlo, y eso que no iban con Cortés más que dos misioneros: el mercedario fray Bartolomé de Olmedo y el licenciado Juan Díaz, humildísimos ambos. Un cronista dice que el padre Olmedo bautizó en un día más de 15.000 indios.

La importancia que Cortés daba a la *conquista espiritual* se manifiesta en las anécdotas de que cierto día, estando Cortés con los emisarios de Moctezuma tocaron el *Ave María* en la barraca que hacía de templo, y Cortés y sus capitanes se arrodillaron. Los indios preguntaban a Doña Marina por qué tales valientes hacían cosa tan humillante. Cortés creyó ser el momento de hablarles de religión, y el padre Olmedo, por medio de Doña Marina pronunció un gran sermón. Y que al saber la llegada de doce franciscanos a la costa de México, mandó Cortés que saliesen algunos de sus criados a atenderles. Hizo reunirse para esperarlos a los caciques y principales de las mayores poblaciones. Vinieron los frailes a pie y descalzos. Los indios fueron todo el camino detrás de ellos, maravillados de verles tan harapientos, sin la prestancia de los soldados. Al llegar a México, Cortés con los caballeros e indios principales salió a recibirles, y con las rodillas en tierra, de uno en uno les fue besando las manos, e igual hicieron Don Pedro de Alvarado y los demás Capitanes y caballeros españoles; y *los Señores indios les imitaron.*

Un rasgo insistente de Bernal Díaz en su obra es que la oferta de jóvenes indias —pasando por la necesidad de bautizarlas para aceptarlas— va siempre contra los sacrificios humanos y a la prédica para la conversión de los indios. Como si en Bernal Díaz, y en todos los españoles, hubiera un instinto o deseo de unión de razas, que se quebrase ante el obstáculo de la diferente fe y de lo más repugnante del culto indígena. Las indias ofrecidas que se encuentran a primera vista, sin pretensión estadística, son:

Veinte jóvenes de Tabasco, entre ellas *una excelente mujer: Marina.*

Ocho indias de Cempoala. La hija del *Cacique Gordo* y, para Cortés, la sobrina, *muy fea* según Bernal, y la hija de *Cuerco muy hermosa para ser india*, también para Cortés.

Cinco indias más, de los mismos, otro día, una era hija de Xicotengo, el *Cacique ciego.*

Trescientas mujeres de Tlaxcala destinadas al sacrificio, y que pasaron al servicio de Doña Marina:

Cinco doncellas tlatoanis, *de buen parecer, para ser indias*, con otra moza cada una para su servicio.

Una hija de Moctezuma para Cortés, en Tenoxticlán.

Total 344 indias. A todas las mandó Cortés *canonizar* o catequizar y bautizar, y a las hijas de caciques, o a las ofrecidas a capitanes, con el *don* delante del nombre cristiano. A Xicotencatl le dijo Cortés sobre su hija: *Hay que hacer lo que manda Dios; renunciar a los ídolos, cesar en los sacrificios y sodomias y creer en un solo Dios verdadero*. Todo ello, *con muchas cosas tocante a nuestra Santa Fe*, les fue muy bien explicado *porque Doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, estaban ya tan expertos en ello, que se lo daban a entender muy bien*.

Cuando Moctezuma ofrece su hija a Cortés en prueba de afecto: *Mira Malinche, que tanto os amo que os quiero dar una hija mía para que os caseis con ella y que la tengais para vuestra legítima mujer*, Cortés muy reverente, le responde que es casado y tiene mujer, *que entre nosotros no podemos tener más de una mujer, y que primero quiere que su hija se vuelva cristiana como son otras señoras hijas de señores*. Y Moctezuma *lo hubo por bien*.

Tan imbuidos estaban de lo espiritual de su empresa y de la ayuda material del cielo, que no les extrañaba pensar, a los cronistas, no a los conquistadores, que un caballero surgido de improviso fuese Santiago, y aún acompañado de San Pedro, sin reparar que el *Santiago Matamorós* pudo asistir en Clavijo a los cristianos que defendían su fe, pero no era probable que se apareciese como *Santiago Mataindios* a los que en Tabasco trataban de imponerla, pese a que un curioso grabado de la *Historia de Chile* del padre Alonso Ovalle le representa así, recordando la ayuda celestial. Bernal Díaz, mucho más realista, no acepta el posible fanatismo de Gómara y lo refuta con muy sesuda cadena de razonamientos:

En Tabasco creyeron los indios, que caballo y caballero era todo uno, como jamás habían visto caballos... Fue la primera guerra que tuvimos en la Nueva España... estuvimos en esta batalla sobre una hora...

Aquí es donde dice Francisco López de Gomara: *salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes que llegase Cortés con los de caballo y que eran los santos após-*

toles Señor Santiago o Señor San Pedro. Digo que todas nuestras obras y vitorias son por mano de Nuestro Señor Jesucristo... y pudiera ser que lo que dice el Gómara fueran los gloriosos apóstoles Señor Santiago y Señor San Pedro, e yo, como pecador no fuese dino de lo ver, y allí había sobre cuatrocientos soldados y Cortés y otros muchos caballeros y platicárase dello, y se tomara por testimonio y se hubiera hecho una iglesia y se nombrara la villa de Santiago de la Vitora, o de San Pedro de la Vitoria, como se nombró Santa María de la Vitoria. Y si fuera así como dice el Gomara, harto malos cristianos fuéramos que en viéndonos Nuestro Señor Dios sus santos Apóstoles, no reconocer la gran merced que nos hacía, y reverenciar cada día aquella iglesia, y pluguiera a Dios que así fuera, como el cronista dice; y hasta que leí su crónica nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal les oí.

NUESTROS HERMANOS LOS INDIOS

Al estudiar Arturo Barba el tema de Cortés y los indígenas (en el número 44 de la revista Ejército), cinco años antes que Ballesteros, subraya que Cortés no tardó en ver sus filas engrosadas por numerosos indios que multiplicarían su eficacia yendo con él, y entiende Barba que su *doctrina política* puede resumirse en la sentencia evangélica que cita al Emperador en su carta: *Todo reino dividido contra sí mismo será destruido*. Ha visto que tiene frente a él opiniones diversas, que es fácil evitar un bloque del Anahuac contra él, que parte de sus indios le ayudarán en la conquista. Solía repetir: *Los que quemán el bosque son los que salen del monte que les sirvió de albergue*. Para ello, dice: *Se les dio a entender el gran poder del Emperador, nuestro Señor, e que veníamos a deshacer agravios y robos porque las continuas quejas que le llegaban le hacían intervenir en la política indígena*.

Pero su primer empeño fue hacerse agradable a los naturales. Iba en son de paz: *Me paraba a los amonestar y requerir con la paz*, escribió. Por eso se indignó furiosamente hinchándosele aquella vena de la frente y aquella otra de la garganta —claras muestras de su enojo— y lanzó con fuerza lo primero que tuvo a mano. Nadie sabe el porqué de su ira mal contenida, con lamentos al cielo, como solía hacer. No conciben que le altere tanto el robo de unas cuantas gallinas al poner pie en el continente ni su empeño en pagarlas con cuentas de vidrio y en devolver los demás objetos

robados a los indios. A Camacho, el piloto, y a los demás, les parece excesivo que le pongan grillos por tan poca cosa, y a Alvarado le extraña recibir la fuerte reprimenda, como jefe del culpable, por algo muy corriente en la guerra.

Pues para Cortés aquello no era una guerra, sino que se estaba decidiendo su destino. Si entran con mal pie, haciéndose impopulares, estarán perdidos. Por eso repite en sus *Cartas* a Carlos I: *De mí han sido siempre bien tratados y favorecidos... Con esto han estado y están muy ciertos y leales en el servicio de Vuestra Alteza.* Pero también solía llevar consigo —rehenes— algún indio principal, provechoso en la expedición y garantía de fidelidad a retaguardia.

No es una guerra, sino una acción imperial. Le importa mucho conocer a fondo el carácter del pueblo que ha de incorporar a la Corona y atraerle por el lado más vulnerable. No bastaba un buen político. Había que ser un buen psicólogo y Cortés lo era.

Su llegada hizo recordar a los indios —y tomarlo en serio— el vaticinio del dios Quetzalcoatl anunciando que un día vendrían hombres blancos barbados por la ruta de donde nace el sol. Cortés no intentó negarlo, sino que quiso aprovecharlo en su favor.

Le interesaba el prestigio que da una aureola sobrenatural por la que sean recibidos como *teúles*, *hijos del cielo*, como los semidioses griegos, *dueños del trueno y del rayo* con sus armas, centauros inseparables de sus caballos —animal nunca visto— con lo que cooperaban a la idea profética que estremecía a los indios, creyendo ver en el dios blanco el retorno de Quetzalcoatl. Cortés explotaba la circunstancia, incluso haciendo ver que la inquietud del cielo de una pareja de caballos era enojo por palabras o actitudes indígenas. El temor supersticioso llegó al colmo cuando los emisarios de Moctezuma vieron en el suelo un casco castellano que se asemejaba alarmantemente al que desde tiempo inmemorial lucía *Huitzilopochtli*, su dios de la guerra, el *Huichilobos* en la jerga de los españoles.

En la primera batalla contra los tlascaltecas, en número ingente, Cortés *prohibió salir de filas a los heridos*, para ocultar que eran hombres vulnerables y no *teúles* inmortales. Con esos y otros recursos consiguió la adhesión de los zempoaltecas y la fidelidad continua de los tlascaltecas que, vencidos tras durísimas batallas, fueron sus aliados más valiosos en la siguiente campaña por el

Anahuac, en la que Cortés usó una *diplomacia genial* contra la *confederación que Moctezuma presidía Texnoticlán, Tezcoco y Tezcoplán*. Cuando el ataque a Tenoxtitlán, 8.000 indios transportaban los trece bergantines de Cortés, protegidos por una vanguardia de diez mil tlascaltecas y una retaguardia de otros tantos, al decir de la crónica.

Su actitud tiene réplicas correspondientes. A punto de caer prisionero y que su corazón se ofrezca al *Huichilobos*, le salva un tlascalteca desconocido, lo que indica la devoción que le tenían los aliados indios. Otra vez, cuando unos conjurados españoles traman asesinarle y Cortés los descubre, silencia a los comprometidos para no perderlos, y sólo castiga al cabecilla, dando una muestra de flexibilidad inteligente. Por eso no era blando ni duro, *simplemente oportuno*.

El texto oficial de historia militar del general burgalés Martín Arrúe —padre del General Martín Moreno, redactor de partes oficiales, *la mejor literatura de la guerra del 36*— nos muestra a Cortés también como ejemplo en política militar, por el acierto con que aprovechó *las supersticiones*: la habilidad con que *convirtió en aliados a los enemigos vencidos* más belicosos; el tacto con que explotó los odios de los sometidos, atrayéndolos a su causa; el ingenio con que aprovechó la doblez de Moctezuma, que le suscitaba obstáculos sin declararse contra él, hasta llegar a la capital; la audacia con que le aprisionó, como garantía ante un pueblo hostil y valiente, ofendido por el atropello de sus leyes, su religión y su independencia.

También Antonio Bardají, capitán, cuando publicaba en la revista *Guión* de los Suboficiales, su estudio de Cortés en el 4.º Centenario (diciembre 1947), examinándole como *El militar, el político y el jefe*, destacaba su idea de *no combatir a los indios sin ser absolutamente necesario; aprovechar la victoria para traducirla en alianza; fomentar el odio a Moctezuma; mostrarse los españoles como seres sobrenaturales, comportarse siempre como fervientes creyentes con cierto impetuoso arrebató* en desterrar la religión de los indios.

Siempre jugaba Cortés con el rehén de los jefes: los llevaba en las marchas, los reunía en Cholula, *protegía* a Moctezuma en su cuartel, ya que Tenoxtitlan era una ratonera para los españoles, y a causa de ello, los de Cortés pasaron toda la noche en oración, porque era inconcebible. Y lo logra: Un Emperador al que no se

podía mirar a la cara, se lo lleva preso un grupo de españoles, en su propia capital y ante sus propios súbditos, desde su palacio al cuartel de ellos.

Moireau, fiel seguidor de la leyenda negra, muestra así su acombro: *Si el día que Cortés cometió esta locura genial, hubiera hecho Moctezuma un ademán de rebelión, los mejicanos se hubieran arrojado sobre los españoles, y no hubieran dejado uno vivo. Cortés, cuya situación era difícilísima, consiguió transformarla del modo más ventajoso. De prisionero que era la víspera se convirtió en amo. Dueño del Jefe, lo era también de los millones de súbditos.*

Durante la primera estancia de Cortés en España, destaca Madariaga su particular cuidado en procurar fondos para la educación de los niños indígenas y su solicitud para las cuatro hijas de Moctezuma, que dotó generosamente, casando a algunas con nobles castellanos. Pensó en sus bastardos, que hizo legitimar por el Papa, a quien envió un mensajero con ricos presentes y *los indios maestros de jugar con el palo en los pies*, que así lo hicieron a maravilla *délante de S.S. y los sacros cardenales, de que se holgaron mucho de lo ver.*

Entre las condiciones de Cortés a la Reina para explorar en el mar del Sur (1528) estaba la de que *por haber sido su apoyo a los indios la principal causa de su autoridad moral, se la daría el derecho de castigar a los españoles culpables de malos tratos a los indios.*

Inútil será insistir con el coronel Gutiérrez Macías en que Cortés fue un libertador de la tiranía despótica de Moctezuma, no emperador, sino *tecutli* de una ciudad, un salvador de tributo de sangre. Para Fernando de Oviedo, *Cortés apareció a los oprimidos, a los humillados, a los vencidos, como un Don Quijote hecho carne.*

Salvador de Maradiaga, bastante influido del estilo de Bernal Díaz, en quien se inspira, recoge la tristeza española por la muerte del Emperador diciendo que llovieron piedras y varas sobre el desdichado Moctezuma, quien cayó herido al alcanzarle tres pedradas de las que no le libraron las rodela con que los españoles le protegían. *Durante tres días fue bajando hacia la muerte, no tanto por la sangre perdida como por la fe y el espíritu que le habían abandonado, y cuando al fin murió: Cortés lloró por él, y de todos nuestros capitanes y soldados e hombre hobo entre nosotros de los que le conocíamos y le tratábamos de que fue tan llorado como si fuera nuestro padre y no nos hemos de maravillar dello viendo que tan bueno era.*

Pero el alma de Cortés, ya mejicana, iba mucho más lejos, más allá de la muerte. En su testamento, vuelve pronto su mirada hacia Méjico, donde tiene puesto el corazón. Puede afirmarse que Cortés fue el primer hombre que sintió latir en él un patriotismo mejicano. La primera cláusula establece que se le entierren sus huesos en Coyoacán. Madariaga precisa más:

Abundan los trozos de sus cartas e informes en que expresa su clara visión de una Nueva España donde vivirán españoles y mejicanos en paz y prosperidad, es decir, del Méjico moderno esencialmente mestizo de espíritu, aún en aquellos mejicanos que no son o indios puros o europeos puros de origen. Esta finalidad concreta y explícita está omnipresente en su testamento e inspira la especial atención que consagra a los intereses espirituales e intelectuales de su nueva patria. Fue el primero en fundar en la Nueva España hospitales, monasterios y centros de saber y cultura, y en su testamento lega sumas para fundar y sostener un hospital, un convento y un colegio universitario con el que espera poder dar a Méjico una clase directora indígena preparada para sus altas funciones con la cultura universitaria europea.

Cortés denota en su testamento que no tiene la conciencia tranquila sobre el trato de los españoles a los indios. Sabía que la base del derecho a hacer esclavos indígenas tenía controversias en España y la daban por nula muchos sabios y santos teólogos, y mandan que se cumplan lo que tocante a esclavos se averiguase para descargo de conciencia, y que sus sucesores hagan diligencias para averiguarlo, y lo mismo que se restituya lo que se sepa que era propiedad de los naturales de aquellas tierras.

El mariscal Montgomery niega la descripción de Peter Shaffer en su frase de *el activo hierro de España contra las pasivas plumas indias*, calificándolo de *cuadro dramático pero antihistórico*, y considera que Cortés y Pizarro con bandas de aventureros que no sumaban más de mil hombres, unos cuantos caballos y unas armas de fuego que no eran del último modelo, se adueñaron de los imperios aprovechando los temores supersticiosos a los extraños dioses blancos a caballo y con rayos y truenos, como guerra psicológica.

Esos eran sus medios y su superioridad. Pero no eran pequeños sus peligros, angustias y sufrimientos en Cholula, en los noventa y tres días del sitio de Méjico, en la apocalíptica retirada de la Noche Triste de Otumba. Se admiraba de ello Pérez Bustamante leyendo a

Bernal Díaz hasta contagiarse de su letra al comentar el espanto de los sesenta y dos sacrificios de sus compañeros de armas y el tañido del tambor del Huichilobos y del Tezcatepuca, retumbando de tal modo que se oyera a dos o tres leguas *y junto con el tambor muchos atabalejos, señal de que los aztecas estaban ofreciendo a sus dioses la sangre y los corazones de los soldados prisioneros*. Advierte Carlos Pereyra que Bernal siente el pavor y sabe expresarlo, pues ya le habían asido en dos ocasiones y en las dos logró salvarse:

¿Pero no podrían engarrafarle de nuevo y llevarle hasta el alto cu? Presumiendo de buen soldado, siempre a la vanguardia, ¿no estaba constantemente expuesto al peligro de que le aserrasen por el pecho y le sacasen el corazón bullente para ofrecerlo al Huichilobos? Por esto, antes de entrar en las batallas, se le ponía *una como grima y tristeza grandísima en el corazón*. Ayunaba, se encomendaba a Dios y a su bendita Madre, Nuestra Señora. Y luego se le quitaba aquel pavor. Pero nunca, nunca pudo apartar de su pensamiento las feísimas muertes de los que perecían en la piedra sacrificatoria. Siempre, desde entonces, le dominó el pensamiento de un fin desastroso.

En eso quedaba la superioridad tan pregonada de las armas de acero frente a las de palo y de las corazas frente a las plumas. Tenía que ser también de acero el alma de los hombres de Cortés y habían de acorazarse el corazón con el espíritu frente a tan humanos desfallecimientos y la inmensidad de enemigos que inundaban el campo de batalla. Cómo lo vería Bernal Díaz para decidirse a decir en su vejez, sesenta años después:

Miren los curiosos lectores si esto que he escrito, si había bien que ponderar en ello, qué hombres ha habido en el Universo, que tal atrevimiento tuviesen.

Porque Bernal Díaz no era un fanfarrón, ni mucho menos, su *Historia Verdadera* nacía precisamente contra la fatuidad y el alarde triunfalista de quienes antes se vanagloriaron con exageraciones para ganarse la admiración de los altos personajes. No sólo fue sobrehumana la adversidad material, sino que lo era tanta como para perecer sin el recurso a la diplomacia y la acertada política.

LAS ORDENANZAS MILITARES Y CIVILES

Las Ordenanzas de Cortés de 22 de diciembre de 1520, promulgadas cuatro días después en Taxclateque, cuando preparaba la reconquista de Tenoxtitlán, son las primeras ordenanzas militares de América, las primeras dictadas por un español no siendo rey, y aún las terceras españolas, tras las de los Reyes Católicos de 1503 y 1512; anteriores a las de Carlos I y a las de Flandes.

Se han calificado como un código militar y civil de gran sabiduría, en el que no sólo se ve el talento y la mano del general que improvisa un ejército, sino del fundador de una nueva sociedad. Aunque no difieren de lo que fue normal —más después que antes, porque se anticipan a su tiempo— en sus fines concretos, tienen un sello especial del autor, con un toque filosófico. Primero vuela su espíritu sobre el recuerdo de las aulas de Salamanca: *E porque la orden es tan loable, que no solamente en las cosas humanas, sino en las divinas, se ama y sigue, y sin ella, ninguna cosa puede haber cumplido efecto, como que ella sea un principio, medio y fin para el buen regimiento de todas las cosas.* Es preocupación por la base jurídica que quiere dar a todos sus actos. Subraya por ejemplo, con atención especial:

Art. 1.º Que el principal objetivo de la conquista es la conversión de indios *porque si con otra intención se hiciese la guerra, sería injusta, todo lo que en ella se hoviese, onoloxio e obligado a restitución.* Advierte duramente a sus tropas de la sinceridad y seriedad que han de tener en la conversión de los naturales como fin, a la vez inmediato y supremo de la conquista. La guerra de Cortés es *guerra divinal*, es una evangelización, un apostolado. No tan extraño, pues aún cuatro siglos después, con espíritu semejante y una enorme sinceridad, pudo decir de otra guerra entre hermanos el alférez poeta Antonio José Gutiérrez Martín:

Era puro ideal la máquina en mi mano; era explosión la fe al lanzar la granada; era exacta obediencia solo a la voz de mando; era... que combatía para salvar las almas, aunque como accidente cayerá el cuerpo humano (2).

Art. 2.º Establece penas contra la blasfemia, aunque más suave —sólo multa— que en las leyes vigentes. Pereyra se pregunta si por él será desconocida la blasfemia en Méjico.

(2) Antonio J. Gutiérrez Martín: *Algo Más (Poesías de la campaña)*. Prólogo de José María Pemán. Ediciones «Verba». Cádiz, 1959, p. 71.

Art. 3.º Prohibe los dados y permite los naipes moderadamente.

Art. 4.º Fija castigos contra los reñidores.

Art. 5.º Obliga al alistamiento de los españoles en capitanías y sólo andarán sueltos con permiso especial.

Art. 6.º Prohibe burlas contra otras capitanías.

Art. 7.º Prohibe aposentarse fuera del aposento de su Capitán, y el capitán lo tendrá donde se lo señale el Maestre de Campo.

Art. 8.º Los españoles que antes de romper contra el enemigo, o a su tiempo, se meten entre el fardaje, a más de pusilánimes, dan mal ejemplo a los indios amigos.

Art. 9.º Veda las arremetidas no ordenadas, las entradas en casas enemigas, hurtos y fraudes. Exige que se manifieste el oro, plata, piedras, plumajes, ropa y esclavos, para repartirlos según cada cual sirviese y mereciese.

Los esclavos de sus guerras serían paliativo a la necesidad de mano de obra. Pero eran pocos para constituir solución general. Cortés se resistía a imponer trabajo obligatorio a los indios y explicaba al Emperador:

Como los naturales desta parte nos parecían de tanto entretenimiento quanto a uno basta para ser capaz, me parecía cosa grave compelerles a servir a los cristianos como en las otras islas, pero también sin ello, los conquistadores y pobladores destas partes no se podrían sustentar.

Le recuerda que propuso socorrerles con las rentas de la corona que producía la Nueva España, y describía la situación que le hacía resignarse a algo semejante al *repartimiento* de su experiencia en Cuba y Santo Domingo: Los numerosos gastos de la Corona; los largos servicios y deudas de los conquistadores; la dilación que la metrópoli tendría para solucionarlo, *y sobre todo, la mucha importunación de los oficiales de V.M. y de todos los españoles, que no se podía excusar*, eran la causa por la que se declara al Emperador *casi forzado a depositar a los naturales en manos de los españoles*. Vocabulario nuevo. Ni repartimiento ni encomienda, sino *depósito*, que los naturales *sirvan y den a cada español a quién estuvieran depositados lo que hubieren menester para su sus-*

tentación. Defiende el plan como un mal menor, casi forzado, aunque lo adoptó con parecer de personas que tenían y tienen mucha inteligencia y experiencia de la tierra y no se puede tener otra cosa mejor, para sustentación de los españoles como para conservación y buen tratamiento de los indios. La abundancia de razones muestra bien que no le satisface del todo la solución.

En su 4.^a carta, expresa a Carlos V el interés que le inspira la población indígena, con sinceras palabras:

Como me conviene buscar el buen orden posible para que estas tierras se pueblen y los españoles y naturales dellas se conserven y perpetúen y nuestra santa fe en todo se arraigue... hice ciertas Ordenanzas y las mandé pregonar... De algunas dellas, los españoles que en estas partes residen no están muy satisfechos, en especial de aquellas que les obligan a arraigarse a la tierra, porque los más piensan... esquilmarlas; y dejarlas, y porque me parece que sería muy gran culpa no remediar lo presente y porvenir, proveyendo aquellas cosas por donde nos es notorio haberse perdido dichas Islas, siendo esta tierra de tanta grandeza y nobleza y donde tanto Dios Nuestro Señor puede ser servido y las reales rentas de V. M. acrecentadas, suplico a V. M. las mande mirar.

Lewis Hanke en *La lucha española por la justicia* nos informa de cómo los españoles del siglo XVI estaban saturados de formalismo legal —legalismo— y el Nuevo Mundo ofrecía muchas oportunidades para ejercer las formalidades jurídicas. El requerimiento o proclamación que había que leer a los indios antes de guerrear con ellos, fue acaso el mejor ejemplo, pero hay muchos más. Estaban los españoles tan acostumbrados a certificar cada acción, que los notarios eran tan indispensables como los frailes y la pólvora. La inquietud por la legalidad hasta del soldado, se revela en la relación del combate de Cholula por Bernal Díaz: *Nuestro Rey y señor nos envió a estas tierras a notificarles y mandar que no adoren ídolos, ni sacrifiquen hombres, ni coman sus carnes, no hagan sodomías ni otras torpedades* y les exhortó a prestar obediencias al Rey de España. Los indios rehusaron abandonar sus ídolos, pero *que dar la obediencia a vuestro Rey que decís, les place, y así la dieron de palabra y no ante escribano.*

Y aclara Hanke que el elemento del carácter español que más afectó a la lucha por la justicia en América fue lo que los exégetas llamaron *su tendencia a la polarización, una innata pasión por los*

extremos, dando por seguro que todas las grandes figuras de la conquista estuvieron inducidas por uno de los dos motivos dominantes, y diametralmente opuestos.

En Cortés se observa siempre una excesiva preocupación jurídica, tras la religiosa, o junto a ella, jurídico-moral de fondo y forma, hasta el fin de sus días. Su fogosidad religiosa se la han de reprimir y frenar los religiosos, como el Padre Olmedo.

Las famosas *Ordenanzas civiles* de 20 de marzo de 1524, son del todo independientes, y casi siempre incompatibles con las instrucciones y reglas recibidas para el gobierno de la Nueva España, que Cortés —como los gobernadores y conquistadores de Ultramar hacían— las obedeció, pero antes de cumplirlas, apeló al Rey para deshacerse de la mayoría de ellas. La discrepancia no era por indisciplina, sino honrada diferencia de opinión, convencido de que la suya era mejor.

En una carta a Carlos I, de 15 de octubre de 1524, discute punto por punto las diferencias y formula un programa de gobierno prudente y audaz; dice sinceramente al Emperador que *las cosas juzgadas y proveidas por ausencia no pueden llevar conveniente expedición*.

El primer punto en que discrepa es el de las relaciones entre naturales y españoles. Las normas reales mandan que sean lo más fáciles posibles, para estimular la conversión, pero Cortés se mantiene en la orden, que prohíbe a los españoles salir de sus ciudades y entrar en territorio indio sin licencia especial de la autoridad, alegando ser *notorio que la más de la gente española que acá pasa, son de baja manera, fuertes y viciosos, de diversos vicios y pecados; y si a estos tales se les diese libre licencia de su andar los pueblos de los indios, antes por nuestros pecados se convertirían ellos a sus vicios que los atraerían a virtud*.

DE LA «ENCOMIENDA» AL «DEPOSITO»

Al tratar luego sobre el repartimiento, no alude al nuevo término *depósito*, tan sensible al Emperador, por su responsabilidad ante Dios, sensibilidad viva desde Isabel a Felipe IV, incitada con valor por clérigos como Las Casas. Carlos V recordaba a Cortés los abusos cometidos con los indios y le añadía que:

vistos los daños del repartimiento y queriendo remediarlos y cumplir en todo con lo que debemos al servicio de Dios Nuestro Señor, mandamos platicar al Consejo, teólogos, religiosos, personas de muchas letras y de santa vida, y pareció que pues Dios Nuestro Señor crió los dichos indios libres y no sujetos, no podemos mandarlos encomendar ni hacer repartimiento dellos a los cristianos y así es nuestra voluntad que se cumpla.

Cortés contesta con nueve razones:

1. Que la prohibición de repartir indios no solo ha quedado en suspenso, sino en secreto, por su orden y bajo su responsabilidad, pues un solo anuncio hubiera sido desastroso para los pobladores, y la tierra se habría perdido para España y para su santa fe, por ser el repartimiento la única base económica de la colonia. Hay una realidad a la que él y no el Emperador ha de hacer frente.

2. En la sociedad que encontró, los naturales no eran libres, vivían bajo el yugo de caciques, tan tiránicos que:

ha acaescido, e cada día acaesce, que para espantar algunos pueblos a que sirvan bien a los cristianos a quien están depositados, se les dice que si no lo hacen bien, que los volverán a sus señores antiguos y estos temen más que otra ninguna amenaza ni castigo que se les pueda hacer.

3. A los argumentos basados en las deplorables consecuencias que el sistema de la encomienda había tenido en las Antillas, responde:

Tengo experiencia de los daños que se han hecho o de las cabsas dellos; tengo mucha vigilancia en guardarme de aquel camino y guiar las cosas por otro muy contrario, porque se me figura que me sería aún mayor culpa, conociendo aquellos yerros, seguirlos, que a los que primero los usaron; y por esto yo no permito que saquen oro con ellos, aunque muchas veces se me ha requerido, y aún por algunos de los oficiales, de V.M.; porque conozco el gran daño que dello vendrá y que muy presto se consumirían y acabarían los indios.

4. En suma —según Madariaga— su plan consiste en prohibir que se obligue a los naturales *depositados* a sacar oro de las minas

así como a trabajar en tierras que no sean aquellas en que viven. Por lo tanto, liga el campesino a la tierra, y a fin de guardarse contra los malos tratos, propone que el depósito sea perpetuo a fin de que el amo tenga un interés personal en el bienestar del criado.

5. Como se ve por sus ordenanzas, sigue Madariaga, aspiraba a organizar el país bajo un sistema feudal. Todo español que recibiera indios, venía obligado a tener cierto número de armas especificadas, para servir en la infantería, si los indios eran menos de quinientos, y en la caballería si eran más.

6. Los españoles tomaban a su cargo la conversión de los indios depositados y se obligaban a velar porque hiciesen vida cristiana.

7. Ellos mismos adquirirían la obligación de permanecer en la tierra ocho años por lo menos; si eran casados, venían obligados a hacer venir sus mujeres en el plazo de dieciocho meses; si solteros tenían que casarse en el mismo plazo:

Porque conviene así para salud de sus conciencias de los tales, por estar en buen estado, como para la población e noblecimiento destas partes.

En el mismo período de tiempo, se obligaban a construir y ocupar sus casas, y a plantar mil pies de viña por cada cien indios depositados, así como todas las plantas españolas disponibles en el distrito.

8. Para Cortés aquellos españoles a quienes se confiaban indios en depósito estaban destinados a ser los jefes naturales y directores del desarrollo económico, religioso y militar del país.

9. No establecía diferencia de una raza a otra, al contrario, admitía en la clase directora a los naturales que ya habían probado sus dotes y que merecían su confianza, y también les *depositaba* indios en condiciones idénticas a las impuestas a los conquistadores.

Tal fue, por ejemplo, el caso del Cihuacoatl o *Mujer Serpiente* y de otros magnates mejicanos que Cortés menciona en su carta al Emperador, así como el de las hijas de Moctezuma, que recibieron extensos repartimientos en Tula y Tacuba.

EL CONCEPTO DEL INDIO COMO BASE DE CONDUCTA

En su conferencia sobre *Cortés y los indígenas* se interesaba Ballesteros en 1942 por el concepto que Cortés se formó del indio, para juzgar los hechos a su luz. Porque Cortés había conocido a los indios de Cuba y Santo Domingo, unos eran gente muy floja, y otros feroces caribes, muy distintos a la morisma, que también conoció. Pero en Méjico recibiría dos impresiones muy distintas en relación con tales antecedentes:

Una sería la impresión vivencial de su contacto con los indígenas. Su concepto primero era invariable: El indio tenía un alma inmortal, era doble, inferior, etc. Pero sus experiencias en la marcha desde Tabasco hasta Tenoxtitlán fueron modificando su criterio hasta formar una idea definitiva, y ya en la primera carta a Carlos I —de su indudable inspiración— completada en la segunda y tercera decía haberse dado cuenta de que *los naturales destas partes son de mucha más capacidad que no los de las otras islas* y les mostraba *ordenados en un modo de vivir que pudiera llamarse civilizado, con creencias, aunque monstruosas, que denotaban conocimientos y discernimiento, saben levantar ciudades y construyen obras de ingeniería... Son otra cosa*. Y en la *Segunda Carta de Relación*, concreta:

No quiero decir más sino que en su servicio y trato hay la manera casi de vivir en España, y con tanto concierto y orden como en ella, y que considerando esta gente ser tan bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras nociones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas.

Con lo que resume Ballesteros que, salvo en el Credo y en los ritos de él derivados, Cortés consideraba a los indios semejantes en la misma línea que los pueblos civilizados, idea que preside sus acciones y por la que rige la nueva tierra como si fuese territorio español, incluso ocurriéndole con frecuencia la comparación, para decir, por ejemplo, que Méjico es *grande como Sevilla, de calles anchas y muy derechas*.

Recuerda Ballesteros, como remate de su idea, la frase de Bernal Díaz comentando el avance por la bien trazada calzada de Iztapalapan: *Aún algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían era entre sueños* y para Ballesteros, el mismo Cortés fue uno de los que quedaron descorcertados en su tópica idea de los indios.

Pero sólo un momento, pues asimilando pronto la realidad *su espíritu ordenado elaboró la nueva concepción de la naturaleza de los indios, de su valor, psicología e inteligencia, y —asesorado por la Malintzin— definió cuál iba a ser desde entonces su actitud.* En sus futuros discursos les revela que han de ser tratados como hombres y reconoce que viven bajo formas políticas definidas, emparentadas con todas las del mundo, idea que aplicará tanto en la diplomacia como en la guerra, en la gobernación como en la colonización.

Tratándoles como hombres sólo les hace la guerra cuando es inevitable, y en ella se vale no sólo de las armas, sino de los efectismos de la caballería que les asemeja a centauros, y de sus armas que les muestran dueños del rayo y del trueno; pero sobre todo se documenta sobre la mentalidad indígena, gracias a Marina, fiando en ella, más que en nada. A eso más que a una genial intuición, debió la victoria en Otumba, cuando los aztecas la daban ya por suya. Aún va más lejos Ballesteros al afirmar que, pese a decir a los indios otra cosa, la guerra de Cortés era de conquista, y *tanto importaba vencerlos como afirmarse en el terreno, dominar el territorio y, para ello, conocer la psicología indígena en dos formas: Con severidad que expresase su poder. Con habilidad diplomática que le adscribiera grandes sectores de población.*

Usó de lo primero en la represión de Cholula, donde según Bernal: *se les dió una mano que se les acordará para siempre.* De lo segundo, con reconocida habilidad para aprovechar las diferencias y rivalidades entre indígenas, para que se le agregasen aliados. Gracias a su exacta idea de la psicología indígena, a su rapidez de captación y a su habilidad diplomática, se aseguró la alianza con los totonecas antillanos, la fundación y permanencia de Veracruz y la firme amistad de sus enemigos Xicotencal y sus tlascaltecas.

Su actitud hacia los indígenas la remataría con hechos en la organización de la tierra y las provincias, en el gobierno y administración de lo conquistado. Ballesteros examina cuidadosamente este básico aspecto, porque en él quedaba bien visible el concepto que Cortés tuvo del indio y por eso nos dice el historiador:

No basta ver los resultados, hay que analizar los variados aspectos de su acción, pues del modo de hacer dependía toda la actuación española en Méjico, y el poder considerar o no a Cortés entre los forjadores de la nacionalidad mej-

cana, uno de cuyos aspectos más importantes es el de la relación con los indios y su estatuto de convivencia con los españoles.

La admiración por el indio y su *civilizado* vivir inspiró a Cortés una actitud clara para organizar la paz. Al concluir su conquista se producía una adversa coincidencia, porque fue precisamente entonces cuando las nuevas leyes querían restringir las encomiendas, con gran perjuicio para los encomenderos, los cuales consideraban el reparto de tierra y gente como un premio a los esfuerzos y peligros pasados, porque estaba aún muy presente la tradición medieval del repartimiento para que las humanizadoras órdenes metropolitanas se impusieran sin dificultades. Quedaba entonces Cortés —como le describe Ballesteros— *entre la espada de Carlos V y la pared de la Nueva España* entre sus compañeros, que no se avenían a prescindir de las encomiendas y su propio concepto del indio, y no encontró mejor salida que arbitrar una solución de apariencia contradictoria: Conservar las encomiendas, pues aún yendo contra los deseos del Emperador y contra el respeto a la libertad de los indios, las encomiendas serán un mal menor mientras él las rija, distribuya y liquide; contentando así a los encomenderos, evitará la revolución, suavizando y humanizando, por sí, el fuero. Para ello, dictó unas *Ordenanzas de buen gobierno*, que eran expresión depurada de sus ideas de gobernación y práctica de su concepto sobre las relaciones entre europeos e indígenas.

De las razones expuestas, resaltaban para Ballesteros dos puntos esenciales: Primero: Teoría: La de que Cortés no es el simple *guerrero* de presa que busca el botín, sino el *hombre* que considera a los indios como sus semejantes y hermanos, dándoles unas normas de gobierno y organización que de habérselas encargado Carlos V para los europeos no hubiera tenido que cambiar nada en ellas. Segundo: Práctica. Las relaciones de Cortés con los indios, en sus etapas de guerra y colonización, se basaron en el mismo concepto, con trascendencia superior a su tiempo, para quedar como norma formativa de posteriores relaciones en las provincias de Ultramar.

LOS MISIONEROS

Desde que Cortés encontró un intérprete, Gerónimo de Aguilar, ya podía entenderse con los indios y dar el primer paso para la conquista política, tan importante o más que la militar. En cuanto

a la conquista religiosa, la evangelización, la comenzaron con Cortés —como en anterior capítulo se indicó— dos sacerdotes que con él iban en 1519: el mercedario fray Bartolomé de Olmedo, y el clérigo secular Juan Díaz, que era licenciado, pero como ni el uno ni el otro conocían la lengua *náhuatl*, les fue indispensable la intervención del intérprete, que así actuaba de misionero, o al menos de catequista. Al padre Olmedo le cupo el papel principal, y siendo partidario de métodos suaves, muchas veces tuvo que moderar los violentos impulsos de Cortés, que pretendía hacer cristianos a los indios por la fuerza.

Después, con el licenciado Antonio Zuazo, salieron de Cuba (para ayudarles) los mercedarios fray Juan de las Varillas y fray Gonzalo de Pontevedra, pero el primero murió en la travesía. Luego llegaron los franciscanos fray Pedro Melgarejo y fray Diego Altamirano. En 1523 se incorporaron tres franciscanos flamencos, uno de ellos, fray Pedro de Gante, autor de un famoso catecismo para indios, que murió, ya viejo, en Méjico.

Fue en mayo de 1524 cuando desembarcaron en San Juan de Ulúa franciscanos a los que la tradición nombró como *los doce primeros frailes*, aunque no lo fueron, entre ellos el famoso fray Toribio de Benavente, a quien los indios llamaban *Motolinia*, *el fraile pobre*, porque en su caridad, todo lo daba, yendo siempre descalzo y con hábito harapientos. Sigo en esto la letra de Pilar Trujillo, quien apostilla que fue a ellos a los que Cortés salió a recibir con grandes muestras de sumisión, acompañado de sus capitanes y de fray Bartolomé Olmedo, y arrodillándose todos ante ellos y besándoles los hábitos, con lo que los señores mejicanos quedaron muy edificados al ver cómo aquellos valientes soldados respetaban a unos pobres frailes sin armas ni vestiduras ricas.

Los dominicos llegaron en 1526 y también eran doce, pero la mayoría murieron poco después de lo que Bernal Díaz llama *mal de modorra*, y su labor, apenas comenzada, la continuaron otros que enseguida fueron a sustituirles. Hasta entonces, los misioneros, mercedarios y dominicos, eran populares y sencillos, en cambio, los agustinos, instalados en 1533, tenían especial dedicación cultural y fueron los primeros que enseñaron latín a los indios.

DOÑA MARINA, MADRE DE UNA RAZA

Doña Marina fue un compendio de todas las actitudes y actividades que los indígenas de Méjico pudieron tener hacia los

españoles: Intérprete, misionera, amante, confidente, asesora política y diplomática... En cuanto a su personalidad, quienes la conocieron la pintan como intuitiva, inteligente, sensible, delicada, amorosa, y tan desprendida que renunciaba a su parte en el reparto de oro.

Sintetizaba, pues, como suma y cifra de todos, la actitud de los indios sencillos y cultos, nobles y amantes de la libertad. Y así como Cortés, representando a los españoles, fue concretando su comprensión del indio azteca al rápido compás de su mejor concepto, la casi instantánea adicción de la *Malinche* a los castellanos expresa la idea recíproca. Por eso, si Ballesteros Beretta, partía con acierto del concepto que Cortés tuvo del indio para juzgar su actitud y su actuación, bien puede completarse el planteamiento con el examen recíproco del concepto que de los españoles forma una mujer tan representativa como Doña Marina, pues representa a buena parte de su pueblo en sus cualidades y en su situación, derivándose de ello sus actuaciones en aspectos complementarios que significan una completa entrega espiritual al pueblo que considera liberador del suyo en lo político y lo espiritual.

Pero antes de entrar en lo que podría ser nudo y tesis de nuestro estudio, veamos someramente el itinerario ético y épico de Doña Marina, o dicho en moderna pedantería, el *ethos* y el *epos* de su biografía junto a Hernán Cortés. No se sabe cuál fue primero, si el nombre bautismal de Marina, del que derivasen las versiones indígenas de *Malinali* y *Malintzin* y la castellanización de éstos en *Malinche*, o bien que se buscara el de Marina para cristianarla, como el más semejante a cualquiera de los dos nombres indios, siendo posiblemente *Malinali* el primitivo. Lo cierto es que los de Cortés la llamaron de la primera y última forma, y los *mexicas*, de las otras dos. Bernal Díaz la presenta y describe con frases muy expresivas:

Entre ellas una muy excelente mujer que se dijo Doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana..., era de muy buy parecer, y entremetida y desenvuelta, y «tenía mucho ser».

Con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer.

La gran ventaja de Doña Marina era conocer no sólo el *nahuatl*, sino también la lengua yucateca, la única que sabía Gerónimo de Aguilar. Por eso —como dice Madariaga— *las palabras de Cortés caían en los oídos de Aguilar; disfrazadas en el lenguaje de Tabasco, pasaban por la lengua de Aguilar a los oídos de doña Marina; y redisfrazadas en mejicano por Doña Marina (Dios sabe cómo se figuraría ella a emperadores y cristianos), llegaban al fin a los oídos del gobernador Teuhtile, imprimiendo en su cerebro conceptos e impresiones que quizá no reconociera ni de lejos el propio Cortés que los pergeñó.*

La capacidad de asimilación de la Malinche era extraordinaria, no sólo poseía una inteligencia muy despierta, sino extraordinaria facilidad para los idiomas y unas dotes comunicativas poco comunes en su expresividad. Alba Ixlinochilt nos proporciona un dato concreto, de extraordinario valor, cuando revela la rapidez con que aprendió el español:

En pocos días aprendió la lengua castellana, con que excusó mucho trabajo a Cortés, que parece ha sido caso milagroso y muy importante para la conversión de los naturales y fundación de nuestra santa fé católica.

Debía ser en Tabasco, de donde nos da Bernal Díaz la primera referencia de Marina, cuando el padre Olmedo, *con nuestra lengua, Aguilar, predicó a las veinte indias que nos presentaron e luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina aquella india y señora que allí nos dieron, y verdaderamente era cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecía en su persona.* Aquí viene la explicación de que ni Cortés ni los suyos tenían *don*, sin embargo, daban este tratamiento de nobleza a las indígenas que por su clase lo hubieran tenido de ser españolas, con lo que denotaban un trato de igualdad racial.

Esa traducción directa, del castellano al *nahuatl* debió ser aprovechada inmediatamente para la evangelización, pues sería entonces mismo cuando se nos refiere que cierto día, estando Cortés con los emisarios de Moctezuma, tocaron al *Ave María* en la barraca que hacía de templo, y Cortés y sus capitanes se arrodillaron. Preguntaron los indios a Marina por qué tales valientes hacían cosa tan humillante, con lo que vio Cortés que sería oportuno hablarles de religión, y *el padre Olmedo, por medio de Doña Marina, pronunció un gran sermón.* Ya sobraba el intermedio de Aguilar.

La labor apostólica de Marina fue, pues, temprana y muy fructífera. Sólo mediante ella podría catequizarse el más de millón y medio (?) de indios que nos dice García Somonte antes de que los frailes pudieran hacerlo, como en otro lugar consta que *viendo Cortés la buena disposición de los indios hacia la doctrina, reclamó sacerdotes, pues eran tantos miles que doña Marina sola no acabaría nunca.*

Poco después, un dicho de Grijalva sobre la estancia en Cempoala, demuestra ya allí, que *a las pocas semanas, Marina traducía directamente del nahuatl al castellano*, lo cual no es sino lo que hoy llamamos *traducción inversa*, lo más difícil. Entonces mismo empezaría a tomar aquellas iniciativas inevitables de utilizar expresiones e imágenes indias que hiciesen del texto que le dictaban, más que traducción, *versión* inteligente y libre. Cuando allí mismo, en Cempoala, los de Cortés trataron de destruir los ídolos, se opuso el pueblo instigado por sus caciques. Habló Cortés por sus *lenguas*, pero sólo Doña Marina les convenció añadiendo por su parte otras razones, diciéndoles que de no permitirlo, aquellos hombres blancos no se aliarían con los totonecas, sino con los mexicas y ellos se verían perdidos. Tales noticias concretas se ven apoyadas en textos de fray Diego Durán que comprueban, transcribiendo diálogos, la traducción por Marina de las palabras de embajadores de Atahualpa y de sus adiciones con ideas propias.

También en el camino siguiente, ya cerca de Tlaxcala, actuó Marina con iniciativa muy por encima de la simple intérprete, llegando a enterarse en Cupancingo de que los indios que enviaba el Xicotenga con la comida eran espías para averiguar la fuerza de los españoles, sus armas y ranchos, mientras que se preparaba una sorpresa nocturna al real con muchos guerreros. Cuando Cortés, por informe de Marina, se lo hizo confesar a dos tlaxcaltecas, *que parecían hombres de bien*, los caciques se admiraron mucho, *pues creyeron que Cortés había adivinado sus intenciones*, según dice Bernal, pero lo que revela es el sigilo y la habilidad de Marina para que no se sospechase de ella. También se subraya que durante los veinte días que Cortés estuvo en Tlaxcala sólo habló por Doña Marina.

Se identificó ella tan pronto con las costumbres de los españoles, que al encontrarse frente a Moctezuma, olvidó aquella sagrada reverencia que se le practicaba, y en vez de la protocolaria inclinación hasta tocar el suelo con la mano, tendió llanamente la mano a Moctezuma, quien, esquivándola dignamente, se la dio a Cortés, asombrado de que una indígena se hubiese acostumbrado tan pronto al saludo español.

La prueba más dura y heroica de Doña Marina a favor de los españoles se produjo por dos veces y, curiosamente, se mezclaba en ella el elemento amoroso y el racial o político. En la primera reveló nada menos que la conjuración de Cholula para acabar, de seguro, con todos los españoles. Y era tan cierto el riesgo y la aniquilación, que quiso salvar de ella a Marina la madre de uno de los caudillos chololtecas, que viéndola moza de buen parecer y rica, quería casarla con su hijo, urgiéndola a salir con ellos de la ciudad.

La anécdota es conocida. Marina, pidió unos minutos para recoger ropas y joyas y evitar la vigilancia de los *teúles* que velaban, asegurando reunirse a la noche con madre e hijo, mientras la madre la esperaba allí mismo, pero yendo a contar todo a Aguilar, quien dio la noticia a Cortés. Lo acredita una vieja pintura indígena en la que consta el nombre de la pretendida suegra, *Ilamateuh*, al pie de su figura. El mismo crédito merece el otro relato de Gómez de Orozco, cuando ocupado Tenoxtitlán por segunda vez, supo Marina de la conjura de Cuauhtémoc para matar a Cortés, porque uno de sus capitanes, enamorado de ella, le propuso salvar la vida fugándose juntos, no consiguiendo mejor resultado que el pretendiente de Cholula, sino el de revelar la conspiración y sufrir las consecuencias. Con ello, Marina no sólo probaba lealtad, sino un valor heroico en ambas pruebas en que la delación podía costarle la vida.

Para Somonte, la gestión más ardua de Marina fue al entrar en Méjico. Cortés pasaba la mayor parte del día y de la noche en largas conferencias con Moctezuma y ella tenía que estar en pie siempre a su lado. Fue Marina quien convenció a Moctezuma a acogerse al amparo de Cortés (3), lo que constituyó su prisión, y luego, cuando la sublevación, complació a Cortés presentándose en la

(3) García Somonte nos ofrece sobre esto el pormenor de que Doña Marina hubo de desplegar todas las dotes de su elocuencia para convencer a Moctezuma de que aceptase vivir en casa de Cortés y Madariaga nos ofrece incluso una versión dialogada diciendo: «Cruzáronse entre ambos hombres pláticas y razones durante cuatro horas, pero Cortés era tan paciente como testarudo. No así Velázquez de León, que, testarudo y poco paciente, se interpuso en la discusión con aquella su voz 'espantosa'.—¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O le llevamos o dalle hemos de estocadas». Continúa Somonte con un texto de Clavijero, diciéndonos que al ver tan alterados a los capitanes, Moctezuma preguntó a Doña Marina: ¿Qué es lo que dice tan descompuesto extranjero?, a lo que respondió con discreción Doña Marina: «Señor, yo como vasalla vuestra deseo vuestra felicidad, y como confidente de estos hombres sé sus secretos y conozco su resolución. Si os avenís a lo que os propone, os tratarán con el honor y distinción que se debe a vuestra real persona: si persistís en vuestra resistencia, corre peligro vuestra vida».

Quitlauhtique

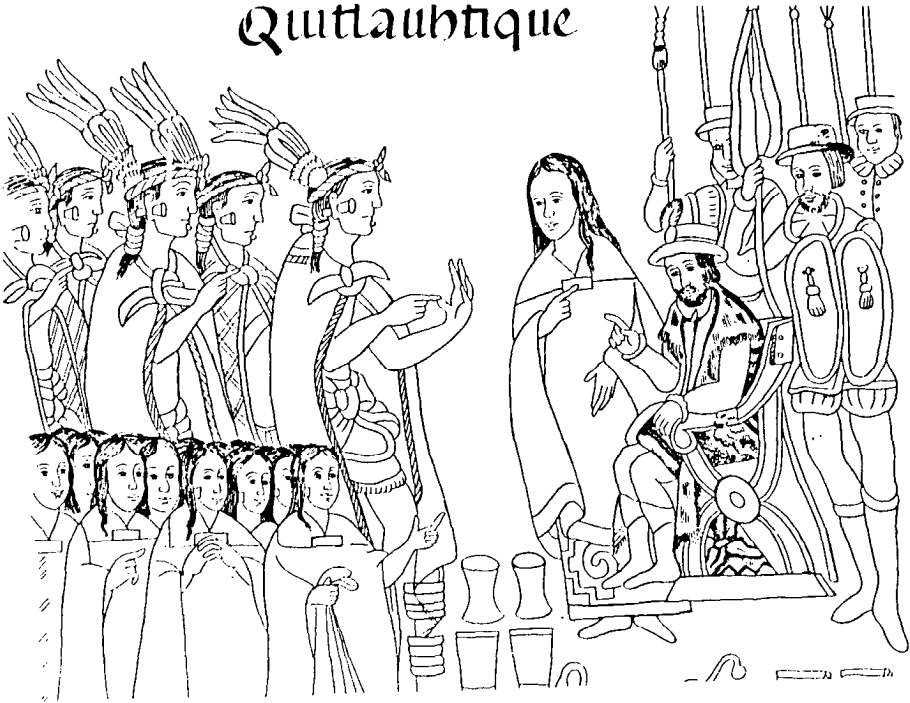


Fig. 1.—Lamina 7 del Lienzo de Tlaxcala: Quitlauhtique

Tenochtitlan.

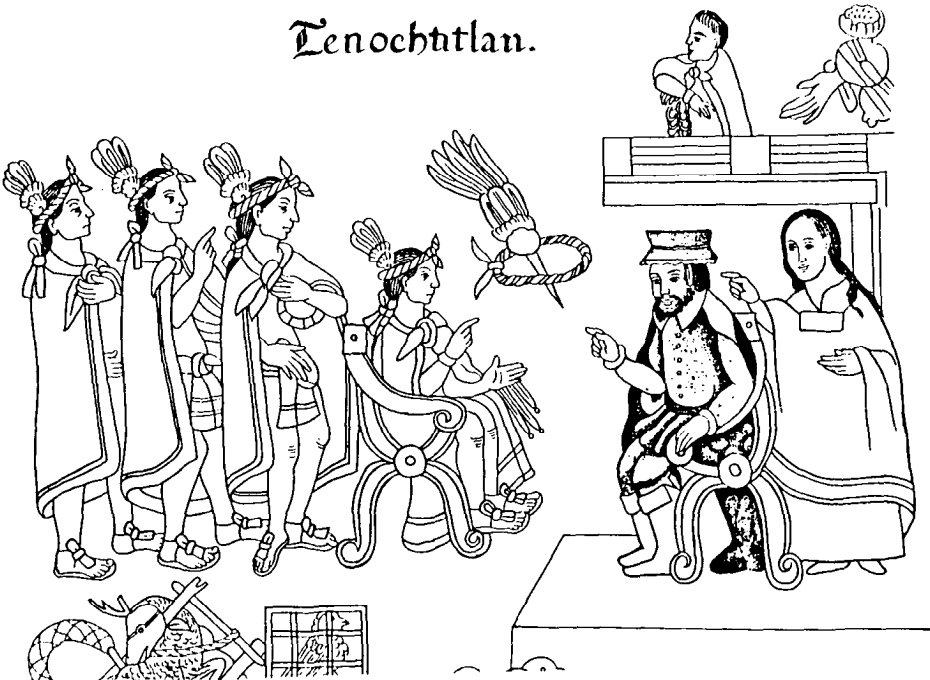


Fig. 2.—Lamina 18 del mismo lienzo: Tenochtitlán

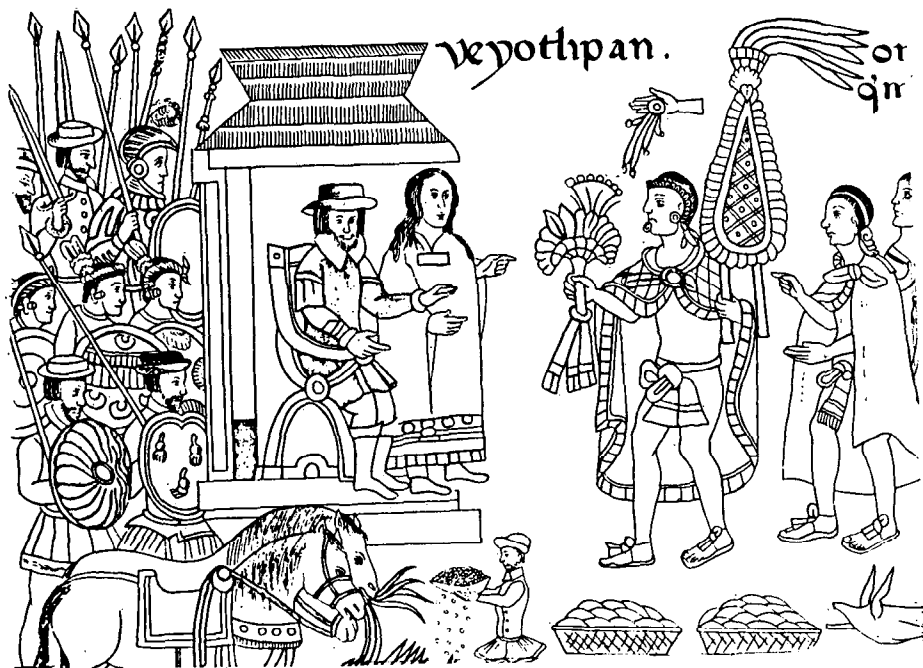


Fig. 3.—Lámina del Lienzo de Tlaxcala: Hueyotlipan



Fig. 4.—Lámina 27 del mismo lienzo: Xaltelolco

Cortesía de don Desiderio Moreno, director del Colegio Mayor Hispano-Americano «Nuestra Señora de Guadalupe»

azotea junto al emperador, ante el pueblo amotinado, soportando el grave peligro de las flechas y piedras que causaron la muerte a Moctezuma tres días después, a consecuencia de las pedradas. Seguramente ella le exhortó a bien morir, como a Cuauhtémoc, antes de ser ahorcado por su delación de la conjura, acompañándole ella a rezar y prepararse para la muerte a que Cortés le condenó por ella.

Su identificación con Cortés y los suyos es perfecta y completa, sin dejar de ser india, pero comprendiendo la superioridad de su religión, su cultura y sus costumbres. Por eso es apóstol con sus gentes y arenga a las tropas indias cuando Cortés arenga a las españolas (4), y sufre todas las privaciones, pues está incluso en la lucha con Narváez porque en ella intervienen guerreros mejicanos, y en la retirada de Méjico, en la Noche Triste (5). Salió de Méjico escoltada por trescientos tlaxcaltecas y treinta soldados castellanos, dudándose de si se le dio tal escolta como honor por sus servicios, o por ser madre del mestizo Martín Cortés, que llevaba sangre y apellido del conquistador. Pasó Marina los puentes de Méjico con gran peligro, mientras que por todas partes caían los fugitivos atravesados por las flechas de los perseguidores y se reunió a los supervivientes en Tacuba.

(4) La *Relación* de Cortés en Lorenzada sobre la marcha para la reconquista de Méjico nos ofrece dos de estas arengas de Marina. De la primera transcribe Somonte que «Doña Marina habla al ejército aliado recordándole que va a pelear con sus inveterados enemigos y les exhorta para que hagan honor a su bandera y a su república, y que el que no sienta la causa, que se quede. Les pide que acaben pronto los bergantines que van a necesitar para ganar otra vez la capital de sus enemigos. Los indios contestan con grandes exclamaciones de júbilo».

La segunda arenga, en texto de Lorenzada es de la última fase del ataque a Méjico. Marina dijo a los indígenas aliados que se alegrasen y esforzasen mucho, pues veían que nuestro Señor nos encaminaba para hacer victoria a nuestros enemigos: Porque bien sabían que cuando habíamos entrado en Tesaico no habíamos visto más que cuarenta de caballo, y que Dios nos había socorrido mejor que lo habíamos pensado».

(5) En la epopeya de Cortés, inimaginable de por sí, se añadieron pronto leyendas que Bernal Díaz desmiente, como la del salto de Alvarado que nadie vio ni pudo pararse a verla en aquella atropellada retirada y sólo el imaginativo Gómara cuenta, o el incendio de las naves, que no fue sino «dar de través unas» y acaso barrenar otras. Del llanto de Cortés sólo dice que llegando a Tacuba volvió hacia Méjico para ver la retaguardia que iba con Alvarado y viendo sólo cuatro supervivientes de los doscientos peones de la sección, «se le saltaron las lágrimas de los ojos». Allí nació la leyenda de su llanto a pie del corpulento ahuehuate o huehuate de Potla, cuando algún cronista, negándolo como todos, concede a lo sumo que fuese junto al muro de Tlacopán (Tacuba) donde pasó la noche recontando sus tropas y sus pérdidas. El trozo de huehuate que se conserva en el Museo del Ejército de Madrid, será una importante pieza de la topografía y de la popular leyenda del llanto de Cortés bajo sus ramas, como se lee en el Catálogo.

Explica Ballesteros que *la fidelidad personal de Marina a Cortés se convirtió en lealtad a la causa general de los españoles*. Pensamos que ésta fue antes que aquella y que primero fue la adhesión religiosa y racional, admirativa de una cultura superior, quizá deslumbrada en el primer momento por la leyenda de los *teúles*, pero a la vez de fondo espiritual, sentimental e intelectual. En lo religioso estuvo expuesta en varias ocasiones a morir a manos de quienes convertidos por ella volvían a sus antiguos ritos; en lo humano, sufría con la mayor fortaleza todas las penalidades de la campaña y mitigaba los sufrimientos de sus compatriotas.

El éxito político de Cortés fue tan importante como el militar, o más, pues con sus escasas fuerzas era imposible conquistar Tenochtitlán, si lo hubiera logrado sin la ayuda de los pueblos del camino, lo que no hubiera conseguido en modo alguno sin la colaboración de la Malinche. Con razón resume Gutiérrez Macías que la conquista de Méjico no se concibe sin la presencia de Marina. La hazaña de Cortés y sus quinientos hombres no se entenderá jamás, ante la magnitud del imperio azteca, si no se estima en todo su valor espiritual la intimidad de Cortés y la Malinche.

Hasta tal punto llegó la identificación que la clara perspicacia, o la intuición, de los indígenas hizo designarle a él con el nombre de ella —algo que el autor de *La Celestina* ideara para expresar la fusión espiritual de dos amantes cuando hizo que Calixto, exultante de amor, dijera a Melibea: *En adelante sólo quiero llamarme Melibeo*—. Así, casi desde el principio de la actuación de Marina junto a Cortés, los indios llaman a éste *el Malinche*, con referencia a su plena identificación con *la Malinche*. Bernal Díaz lo señala ya en el capítulo 74 de su *Historia: Cómo vinieron a nuestro real los caciques viejos de Tlaxcala...*, al describir: *El Xicotenga, el viejo, comenzó de hablar a Cortés desta manera: Malinche, Malinche, muchas veces te hemos enviado a rogar que nos perdones porque salimos de guerra, que fue por defendernos del malo de Moctezuma y sus grandes poderes, porque creímos que eras de su bando y confederados...*

Esa masculinización del nombre indígena de Marina, para darlo a Cortés, es la mejor prueba, la más expresiva de la fusión simbólica de las dos razas, en cierto modo, una mexicanización de Cortés por los mismos indígenas, reconocible más tarde en su propio hijo, con sangre española y mejicana a partes iguales.

COMO COMPRENDIO MARINA A LOS ESPAÑOLES

Pero quedamos en que lo importante a nuestro caso es más la etopeya que la epopeya de Doña Marina. Y que así como para comprender la epopeya de Cortés en su fondo de política indigenista, hay que empezar por conocer su inicial concepto ético del indio; para comprender la aceptación de la cultura que los españoles ofrecían —en su más amplio sentido, empezando por el religioso— había que ver cuál era la imagen, la impresión y el concepto que ofrecían, desde el primer momento, a los indígenas sometidos a ritos, política y costumbres de tiranía, claramente inhumanos para el indio medio, mucho más para los espíritus inteligentes y selectos, representados en la Malinche como personaje epónimo, como paradigma de su raza.

Parece ser que *la Malinche*, antes de ser bautizada como Doña Marina era una esclava, aunque hija de caciques y acaso hubiera podido terminar en el sacrificio del *cu* como ofrenda al Huichilobos. Tal vez su fe en los dioses fuese titubeante, porque no le habían atendido sus plegarias y no iba a tenerles más fe que a sus padres, los que la vendieron.

En cualquier caso, frente a sus dioses sanguinarios, los hombres blancos, le aseguran que ellos no son ni dioses ni sanguinarios, le hablan de un solo Dios, más lógico, elocuente y paternal y de la Virgen Madre, atractiva para ella, que tiene diecisiete años, del alma y de su trascendencia en la gloria del otro mundo, del más allá. Todo convence más, inmediatamente, a su intuición, a su inteligencia, probablemente a su virginidad, y su sentimiento de los dioses del *cu*, que no se sacian de corazones palpitantes.

Le atraen esos *teúles* blancos y barbados, valientes, redentores del espíritu y de la esclavitud. Y sin embargo, comprueba que no vienen por sí mismos, pues aseguran que son enviados de su Emperador para predicar a los indios y convertirlos al Dios único, de quien él es vasallo insignificante y al que adora de rodillas, humillado y reverente. Vienen los *teúles* para extinguir la antropofagia, la sodomía, el adulterio, la crueldad y, ante todo, los sacrificios humanos. Si a Marina le atrae el Dios padre y misericordioso, y los hombres que le proclaman, también le parece justo declararse súbdito de quien éstos declaran serlo fielmente, de quien son enviados, de su Emperador.

No sólo eso: Si los hombres, su Emperador y su Dios son buenos para ella y para la libertad de los pueblos y para la ley natural de las gentes, hay que apoyarles y propagar su religión y su ley, salvando a sus pueblos esclavizados a Moctezuma y a los dioses sanguinarios. Todo es cuestión de lógica para aquella mujer excepcional. ¿Transcurrió más de un día hasta convertirse y bautizarse?

En traducir del *nahuatl* mejicano al castellano sólo tardó unas semanas. En enamorarse de Cortés acaso un poco más, tal vez lo que él quiso. Y en elevar su papel de *lengua*, intérprete, traductora, y guía, al más elevado de asesora política, psicológica y diplomática, para culminar en el de verdadera consejera.

En el *lienzo de Tlaxcala* se la describe muy sugerentemente. Primero en su lám. 2, en Iliyoacán, un lugar ignorado hoy, que los cronistas no citan, donde su dedo indica a Cortés, quien con el suyo, ordena o explica, al agradecer los regalos que se le ofrecen. Luego ya, las indicaciones se emparejan, como en Tlaxcala, cuya leyenda superior, *Quitlaqualmaque*, quiere decir *le dieron comida*, y los dedos índices de Cortés y Marina señalan direcciones opuestas (lámina 6) o convergentes (lám. 7, figura 1 de la Revista), bajo el rótulo *Quitlauhtique*, traducible por *le obsequiaron*. Pronto se ve a Marina apuntando a Cortés desde atrás mientras él repite, por delante la señal, quedando sus dedos paralelos, como en Tenochtitlán (lám. 18, figura 2 de la Revista), Tlaxcallan (Tlaxcala) y el que lleva la inscripción: *Yepolinhque mesuca* (láms. 29 y 48). Finalmente, en Hueyotlipan (lám. 28, figura 3 de la Revista), Marina, adelantada a Cortés señala con la mirada fija al jefe oferente de la ciudad, mientras que Cortés apuntando paralelamente en la misma dirección, pero con aire distraído y lateral, mantiene también paralela a la de Marina su mano izquierda. Esta actitud, ya significativa de cierta preponderancia de la Malinche, se acentúa definitivamente en el dibujo de Xaltelolco (lám. 27, figura 4 de la Revista); en él, como con expresión simbólica, Marina señala firmemente con sus dos índices algo que quiere expresar con todo aplomo, mientras que Cortés, en aire distraído —el brazo bajo y el índice encogido— hace pensar que indica: *Haced lo que ella dice*.

Las sugerencias se repiten en numerosas escenas de las numerosas láminas por copia o calco del famoso lienzo de Tlaxcala, hoy desaparecido, pero fidelísimas a juicio de los técnicos. Claro es que no hay esa exacta interpretación de iniciativa asesora de Marina, puesto que todas las láminas indican ofrendas y regalos de pueblos que se someten, pero parece indudable que el dibujante aprovechó la ocasión para representar psicológicamente la progresiva

relevancia del papel de Marina cerca de Cortés, como en una segunda intención de la larga película de adhesión a los españoles, sin un solo plano de guerra o desfavorable.

CONCLUSION

No creo descubrir nada nuevo diciendo que en la actuación de Hernán Cortés todo ha de explicarse en su propia contradicción y paradoja, en su antítesis y antinomia esenciales.

Me tentó hace treinta años la idea de enfrentar la visión de la guerra que ofrecen el capitán y el soldado, de las que pocas muestras habrá tan apropiadas y ejemplares como las *Cartas de Relación* de Cortés y la *Historia Verdadera* de Bernal Díaz, de las que viene a resultar que coinciden en lo más y en lo principal: la grandeza de Cortés y de ambos, de todos: *Miren los curiosos lectores... qué hombres ha habido en el Universo que tal atrevimiento tuviesen*. Pero resulta que Bernal escribió su verdad no contra Cortés, sino contra Gómara.

Ya señaló Hanke la *tendencia de los conquistadores a la polarización a los motivos diametralmente opuestos*. Por eso hay un Tabasco y un Cholula, una religiosidad *ultraísta* y una *barraganía bautizada*, una política de nobleza y otra maquiavélica: bautizar a Moctezuma y exigirle el tesoro, para finalmente llorarle agonizante, de todo corazón. Y confiesan ser *teúles*, dioses o semidioses, pero dejan de serlo en cuanto les conviene.

Hay españoles con los indios de los dos significados: el uno, ordenador de menores, es fiel y apóstol, y resiste la intensa tentación de la india que le envían; el otro, casado con india, con la cara labrada y las orejas taladradas, es héroe, cacique y capitán, tan indio como cualquiera, enemigo de los españoles.

Cortés establece el *depósito* de indios, pero *contra su voluntad* y arrepentido. Lucha contra Narváez ante el asombro de Moctezuma, porque los dos son blancos. Son *teúles*, pero muy humanos, tienen esclavos, pero dan tratamiento de *don* a sus esposas. Doña Marina es india cristiana, pero sin traición a los suyos. Y hasta Moctezuma delata la conspiración de los mexicas a *su hermano* Cortés. Quizá el misterioso *trascenderlo* todo que estampó Bernal encierra la cabalística explicación de quien está viendo *trastocarse todo*.

Y todos, por españoles, son Don Quijote y Sancho en una pieza, refundidos, confundidos en aquel *Don Quijancho* que sintetizó en cierto ensayo la materia y el espíritu del ser hispano, y también del hispánico.

N O T A

Ampliación a las leyendas de las figuras 1, 2, 3, 4 del «LIENZO DE TLAXCALA» que se acompañan.

Obsequios de los tlaxcaltecas para Cortés. Al día siguiente, cuando los recién llegados estaban ya servidos, Cortés mandó que se pusiera un altar para oficiar la misa. A este acto litúrgico asistieron los señores y principales por dar gusto al capitán español que les había solicitado su presencia. Después, estando Cortés en su aposento, le dijeron que querían ofrecerle algún presente. Según Bernal Díaz del Castillo (1) el obsequio fue muy pobre «que no valía veinte pesos», consistente en algunas piezas pequeñas de oro, piedras de poco valor y ropas de henequén. Pero según otros cronistas, el presente fue muy rico y las vestiduras que le ofrecieron al español eran de algodón y pluma. También le ofrecieron mujeres, aunque hay discordancia entre los autores, pues mientras unos dicen que le obsequiaron varias mujeres que eran «esclavas» destinadas al sacrificio, otros cuentan que los señores ofrecieron a sus propias hijas. Todo esto está representando en la Figura 1, según la cual los tlaxcaltecas llevaron a Cortés una ofrenda nada despreciable en cuanto a la variedad de objetos: joyas diversas y mantas con labor, cotardías, bezotes, escudos, vasos y también mujeres que llevan vistosas faldas y huipiles. Hernán Cortés, sentado, recibe el presente junto con algunos de sus hombres y Marina. De los señores tlaxcaltecas que figuran a la izquierda, el delantero parece estar enumerando los obsequios.

Conversación entre Cortés y Motecuhzoma. En Ayotzinco se dio el último paso infructuoso para detener a Cortés; Cacamatzin, señor de Tetzoco y sobrino de Motecuhzoma, fue el encargado de darlo. Sin hacer caso de sus instancias, los españoles entraron en Cuitláhuac y allí pasaron la noche; continuaron al día siguiente hacia Iztapalapa donde fueron recibidos por el señor del lugar y por otros principales. Luego siguieron por la calzada hasta el sitio donde Motecuhzoma los estaba esperando con todos los nobles de su casa y con la fastuosidad que correspondía al señor más poderoso de la Tierra. Cortés y Motecuhzoma intercambiaron saludos y obsequios y entraron en la ciudad en medio de la expectación general. La población tenochca contemplaba por vez primera no sólo la aparición de hombres y bestias extrañas, sino también la presencia de los tlaxcaltecas a quienes jamás habían visto poner el pie en su ciudad. Por el lado contrario la admiración no era menor: los españoles asustados de la gran cantidad de gente, los de Tlaxcala que no daban crédito al hecho de estar en la sede de sus «enemigos». En la Figura 2 se representa lo que ocurrió el mismo día de la entrada de Hernán Cortés en Tenochtitlán. Primeramente fue instalado en las casas que habían pertenecido a Axayácatl para que descansara y comiera. Después de que Cortés se hubo recomfortado y una vez que el mismo Motecuhzoma terminó de comer, visitó al capitán en sus aposentos y le dió la bienvenida formalmente con una larga plática, como solían hacer en las ocasiones solemnes. En la parte media aparecen ambos frente a frente conversando en presencia de Marina y de nobles tenochcas. Es curioso, como observó Chavero (2), que se haya caracterizado a los mexicanos con el atuendo propio de los tlaxcaltecas, trastocando incluso el glifo del nombre de Motecuhzoma, pues en lugar de la corona o *xihuitzollí* con la que se le designaba, pusieron la diadema y el penacho de plumas a la usanza de Tlaxcala. En la parte superior está el nombre de Tenochtitlán y sobre la casa con la que se indica la población en la que se detuvieron, la figura de un hombre realmente extraño ya que lleva *tilmatli* o manta indígena en tanto

(1) Bernal Díaz del Castillo, «Historia verdadera de la conquista de la Nueva España», introduction and notes by Joaquín Ramírez Cabañas (México, D. F.: Editorial Porrúa, 1962), p. 120.

(2) Chavero, «Explicación de las láminas», p. 30.

que tiene el cabello arreglado a la manera española (3). También está dibujado otro glifo que es propiamente el que corresponde a Tenochtitlán, esto es, una piedra (*teti*) y un nopal (*nochtli*).

Llegada a Hueyotlipan (Fig. 3). El mismo día Cortés y su ejército continuaron hasta el pueblo de Hueyotlipan. Allí lo fueron a recibir otros señores tlaxcaltecas, entre ellos Maxixcatzin. A pesar de que los mexicanos habían hecho huir a los españoles y de que los sobrevivientes llegaban heridos y maltrechos, fueron acogidos con amistad y con palabras consoladoras. Con esto cesó la inquietud que el capitán español había tenido antes respecto de la forma como serían recibidos por los de Tlaxcala. Cortés entregó a Maxixcatzin la insignia que había arrebatado a los mexicas en Otumba y los capitanes y soldados siguiendo su ejemplo compartieron los despojos con los tlaxcaltecas. Estos, a cambio, pusieron a su disposición variada y abundante comida aunque, como relata el mismo Cortés y confirma Bernal Díaz (4), no la dieron tan desinteresadamente, sino en trueque de piezas de oro y de chalchihuites. Naturalmente este comportamiento con los castellanos no aparece en el *Lienzo de Tlaxcala*. En la lámina número veintiocho se expresa que los españoles pudieron gozar de todo tipo de alimentos, inclusive de pastura y granos para los caballos, y que los encargados del almacenamiento se portaron con gran liberalidad, al grado de permitir a los soldados españoles el acceso a los depósitos de mazorcas. La leyenda dice: *Oncan quinamique in tlatoque; quimacaque ixquich qualoni*, esto es: «Allá lo recibieron los señores; le dieron todo lo que es comestible». Frente a Hernán Cortés y Marina están los jefes tlaxcaltecas que fueron a recibirlos; en la delantera Maxixcatzin, a quien se identifica por su glifo tecno-nímico que consiste en una mano que derrama agua; este jefe lleva en la mano derecha un ramo de flores que ofrece a Cortés como señal de bienvenida y en la izquierda tiene el *tlahuizmatlaxopilli* que aquél le obsequió como muestra de máxima consideración y posiblemente para acallar los reproches que temía recibir de los señores de Tlaxcala por la derrota que había sufrido y por los miles de tlaxcaltecas que habían perecido en aquella aventura.

Los tlaxcaltecas reciben a Cortés en Xaltelolco. Terminado el combate, los vencedores abandonaron las planicies de Otumba y es posible que pasaran por Apam y Almoloya antes de internarse en territorios de Tlaxcala. Después de aquel combate no hubo ya más encuentros y fue hasta entonces cuando hubo posibilidades de un verdadero reposo. El cronista Torquemada dice que después de pasar la noche en una gran casa continuaron caminando buen rato por tierra llana y que subiendo un cerro hallaron una gran fuente de agua donde pararon y se refrescaron (5). La Fig. 4 presenta a los españoles en un lugar llamado Xaltelolco, perteneciente al señorío tlaxcalteca de Quiahuiztlán, y cuyo glifo es un montículo de arena. La escena, dividida en dos partes, presenta en la mitad izquierda a los que regresan a Tlaxcala: españoles, tlaxcaltecas, Cortés, Marina y además las cabalgaduras; en la porción restante están los que salen a recibir a la hueste y los presentes que indican que se les agasajó con comida. El tlaxcalteca que está frente a Cortés es el señor de Quiahuiztlán, Citlalpopocatzin, como lo indica el glifo que está sobre él: una estrella (*citlalin*) que humea (*popoca*). Detrás de él está otro tlaxcalteca que porta una especie de máscara enhiesta en un palo. Esta es una mala interpretación del copista pues se trata de una gallina asada.

(3) Cfr. Chavero, *ibidem*, que dice que esos elementos compondrían el nombre de Huehue Motecuhzoma. En la copia de Yllañez no aparece la figura humana.

(4) Hernán Cortés, «Cartas de Relación» (México, D. F.: Editorial Porrúa, 1960), página 71, Bernal Díaz, «Historia Verdadera», p. 242.

(5) Fray Juan de Torquemada, «Monarquía indiana». Estudio de Fuentes de Tradición Indígena, Miguel León-Portilla, ed. (México, D. F.: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975), Vol. II, p. 229.

BIBLIOGRAFIA

La acumulación de citas de un escaso número de obras cuyos textos se entrecorren haría farragosas las llamadas referidas incluso a páginas y aún párrafos reiterados. Por ello prescindo de notas al pie exclusivamente bibliográficas, en las que predominarían las referencias a Bernal Díaz del Castillo y a las Cartas de Relación de Cortés, ofreciendo, en cambio, una selección final con algunos trabajos poco conocidos y no utilizados sino como conocimiento erudito, y señalando exclusivamente los libros y artículos que han sido documentación esencial en este trabajo.

BIBLIOGRAFIA SOBRE HERNAN CORTES

- Aguilar, fray Francisco de: *Relación breve de la conquista de Nueva España*. México, 1977.
- Alva Ixtlixochitl, Fernando: *Obras Históricas*. México, 1891.
- Alvarado Tezozomoc, Hernando: *Crónica Mexicana*. Edit. José M.ª Vigil. México, 1878.
- Cervantes de Salazar, fray Francisco: *Crónica de la Nueva España*. Atlas Ediciones. Madrid, 1971.
- Clavijero, Francisco: *Historia Antigua de México*. México, 1982.
- Cortés, Hernán: *Cartas de Relación de la conquista de México*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1979.
- C. P. M.: *El lienzo de Tlaxcala*. Ed. privada de «Cartón y Papel de México. S. A. de C. V.». México. D. F., 1983.
- Díaz del Castillo, Bernal: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Ed. crítica por Carmelo Sáez de Santamaría. Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo». C.S.I.C. Madrid, 1982 (Col. «Monumenta Hispano-Indiana». V Centenario del Descubrimiento de América). 688 pp. en folio, más un suplemento.
- Hanke, Lewis: *La lucha española por la justicia en la conquista de América*. Ed. Aguilar. 1967.
- López de Gómara, Francisco: *Historia de la conquista de México*. Caracas, 1979.
- Madariaga, Salvador de: *Hernán Cortés*. Espasa-Calpe. Madrid, 1984. 5.ª edic.
- Montgomery, Mariscal: *Historia del Arte de la guerra*. Ed. Aguilar. Madrid, 1969.
- Pereyra, Carlos: *Hernán Cortés*. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1941.
- Prescott, William H.: *Historia de la conquista de México*. México, 1976.
- Romero de Terreros, Manuel: *Hernán Cortés: Sus hijos y nietos, caballeros de las órdenes militares*. Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e hijos. México, 1944.
- Solís, Antonio de: *Historia de la conquista de México*. Ed. Espasa-Calpe. México, 1947.
- Torquemada, fray Juan de: *Monarquía Indiana*. Seis vol. México, 1975-1979.

ARTICULOS Y CONFERENCIAS

- Aguirre Prado, Luis: «La retirada de México». Rev. de Historia Militar. Madrid, 1962, núm. 11.
- Alvarez de Sotomayor: «La artillería en la conquista de Méjico». Rev. *Ejército*, número 180, enero 1955.
- Ballesteros Gaibrois, Manuel: «Hernán Cortés y los indígenas». Conferencia. Madrid, 1948. Separata de la Revista de Indias, núms. 31-32, del C.S.I.C. (enero-julio 1948).

- Barba, Arturo: «Cortés y los indígenas». Rev. *Ejército*, núm. 44, septiembre 1943.
- Bardajil, Antonio: «Hernán Cortés: El militar, el político, el jefe». Rev. *Guión*, de los suboficiales del Ejército, núm. 67, diciembre 1947.
- Bermúdez de Castro, Luis: «La rebelión de Hernán Cortés». Rev. *Ejército*, núm. 83, diciembre de 1947.
- Dotor, Angel: «La expedición de Hernán Cortés a Honduras». Rev. *Ejército*, número 83, diciembre de 1947.
- Hernández Trujillo, Pilar: «Obra civilizadora en Méjico durante el siglo XVI». Rev. *Ejército*, núm. 189, octubre de 1955.
- Martínez Campos, Carlos: «La conquista de Méjico: Hernán Cortes, su gran protagonista». Rev. *Ejército*, núm. 321, octubre 1966.
- Olmedo y Lama, José: «Malintzin». En tomo II de *Hombres ilustres mexicanos*, de Ignacio M. Altamirano. Edit. Nacional. México 1958.
- Pemán José María: «Índice de asombros». Rev. *Ejército* núm. 83. Madrid diciembre de 1947.
- Pérez de Bustamante Ciríaco: «Literatura Militar». Conferencia en el Curso de Problemas Militares de la Universidad Menéndez Pelayo. En la Magdalena (Santander agosto de 1957).
- «De Literatura Militar». Rev. *Reconquista* núms. 93-94 septiembre-octubre de 1957.
- Puente Pintado de la: «Las armas de los indios americanos». Rev. *Ejército* número 139. Madrid agosto de 1951.
- Senante de Cela José: «En memoria de Hernán Cortés». Rev. *Ejército* núm. 83 diciembre de 1947.
- Solano Francisco de: «El intérprete: Uno de los ejes de la aculturación». En *Terceras Jornadas Americanistas* (Simposio hispanoamericano de indigenismo histórico). Ed. Universidad de Valladolid. 1975.
- Villalonga Guerra: «El Ejército Azteca». Rev. *Ejército* núm. 128 septiembre de 1950.
- «El ingenioso hidalgo don Hernando Cortés». Rev. *Ejército* núm. 140 septiembre de 1951.
- «Sobre una interpretación pictórica modernista de Hernán Cortés». Rev. *Ejército* núm. 151 septiembre de 1952.
- «Momento crítico en la conquista de Méjico: El hundimiento de las naves». Rev. *Ejército* núm. 197 agosto de 1955.
- «Bernal Díaz del Castillo y su verdadera relación». Rev. *Ejército* núm. 245 junio de 1960.

BIBLIOGRAFIA SOBRE DOÑA MARINA

- Agraz, Gabriel: *Doña Marina Malintzin, o «La Malinche», nació en el antiguo reino de Xalisco*. México, 1984.
- Figuroa, J. Jesús: *Doña Marina: Una india ejemplar*. Ed. Costa-Amic. México, 1975.
- García Icazbalceta, Joaquín: *Doña Marina. Biografía*. En tomo IV de la *Colección de documentos para la historia de México*. México, 1866.
- García Somonte, Mariano: *Doña Marina, «La Malinche»*. Prólogo de Antonio Pompa. 2.ª edic. México, 1971.
- Giménez de Orozco, Federico: *Doña Marina, La Dama de la Conquista*. Ed. Xochitl (col. «Vidas Americanas», 2), 1942.
- González Ruiz, Felipe: *Doña Marina, la india que amó a Cortés*. Con vocabulario de términos indígenas. Editorial Librería San Martín, Col. LIKE. Madrid, 1943.
- Hernández, Carlos: *Doña Marina de Jaramillo (La Malinche)*, incluido en *Mujeres célebres de México*. Ed. Lozano. San Antonio de Texas, 1918.

Krüger, Hilde: *Malinche o el adiós a los mitos*. Ed. Cultura. México, 1944.

Long, Hanich: *Malinche*.

Menéndez, Miguel Angel: *Malintzin en un fuste, seis rostros y una sola máscara*. Ed. de Periódicos «La Prensa». México, noviembre 1964.

Rodríguez, Gustavo A.: *Doña Marina (Monografía Histórica)*. Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1935.

ARTICULOS Y CONFERENCIAS

Aguirre, Manuel J.: «El espíritu de la Malinche». Diario *El Occidental*. Guadalajara (Jalisco), 8-1-1967, p. 2.

García Icazbalceta, Joaquín: «Doña Marina». En Suplemento Dominical de *El Occidente*. Guadalajara (Jalisco), 5-2-1950, p. 10.

García Velázquez de León, Rubén: «La Malinche». En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. Boletín núm. 1. México, 1952, pp. 28-42.

Guiza y Azevedo, Jesús: «A los cuatro siglos de la muerte del Malinche» (Hernán Cortés). Diario *El Informador*, Guadalajara (Jalisco), 8-12-1947, pp. 4-5.

Gutiérrez Macías, Valeriano: *Doña Marina*. Conferencia en Cáceres el día 24 de mayo de 1985.

Lara, Margarita: «Una página de historia: *La Malinche o Marina*, «En Previsión», Revista mensual de Economía. México. Tomo IV, núm. 43, julio 1933.

Laris, José Trinidad: «Del fundamento que hay para creer que doña Marina, la Malinche era oriunda de Zapopan (Jalisco)». Diario *El Informador*, Guadalajara (Jalisco), 4-3-1945.

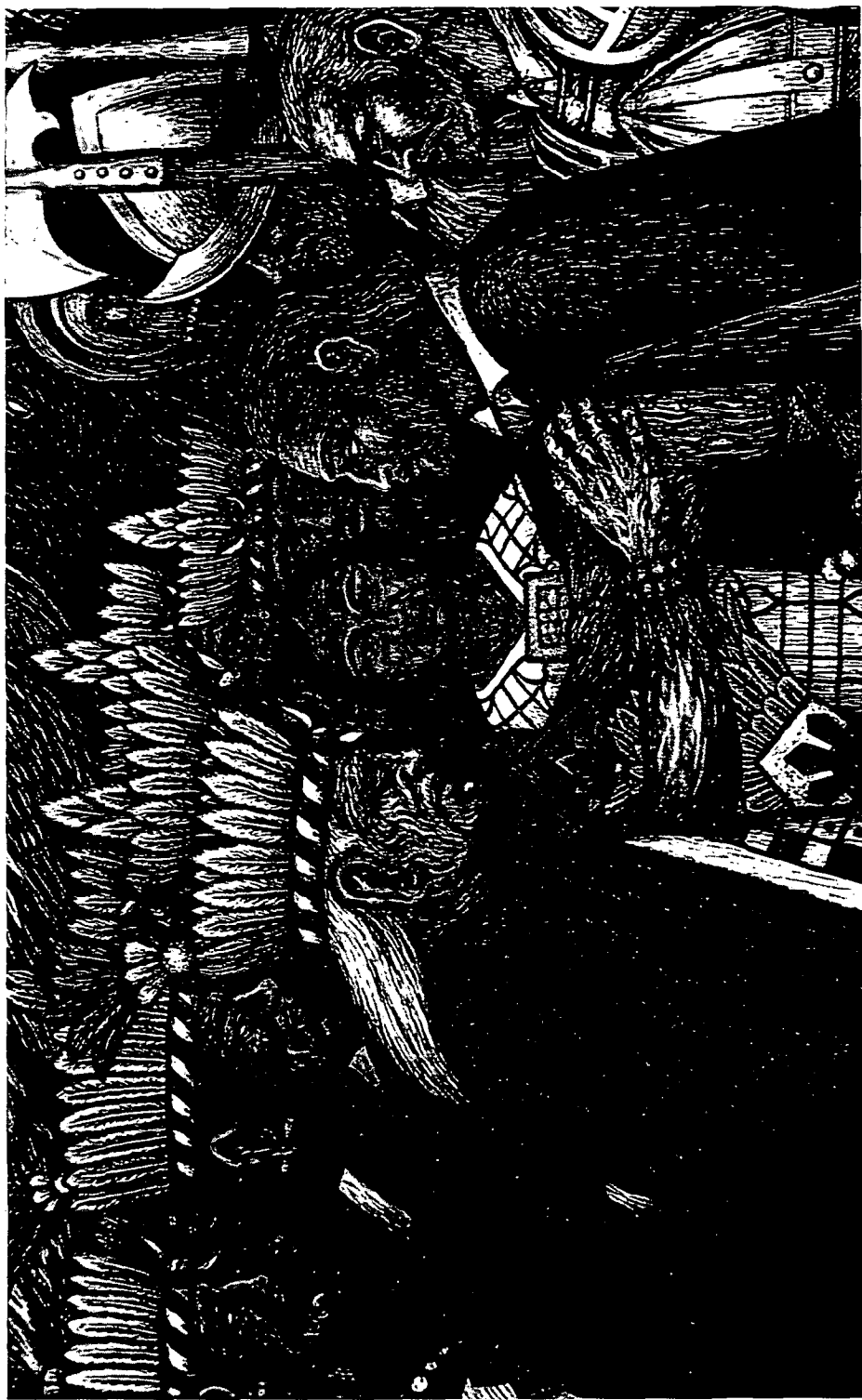
Paz, Gabriel: «Doña Marina y X-Zozil». Diario *Guadalajara* (Jalisco), 9-8-1970.

Robelo, Cecilio A.: «La Malinchi (Malintzin)». En *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*. México, tomo II, núm. 12, junio 1913, pp. 159-262.

Roche Canto, Conrado: «Malkin-che ¿fue la Malinche?». En *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*. Vol. XVI núm. 443, 15-7-1970.

Romero, Héctor Manuel: «La Malinche: La primera dama hotelera de México. Un gran mérito histórico...». En el diario *Impacto*. México, 19-5-1983.





«La alianza de Cortés», obra del pintor mexicano Desiderio Hernández Xochitlozin, mural en el Palacio de Gobierno de Tlaxcala.
Doña Marina presencia el abrazo de Hernán Cortés y Xicotencalt, «el Cacique Tuerto» de las crónicas



Navíos franceses, principios S. XVIII (por Monleón). «Cortésia del Museo Naval»